

instancias. Para librarse Carlos de estas sugerencias y de su propia inconstancia, se resolvió á recibir desde luego el sacerdocio, como lo verificó en efecto pocos meses despues de la muerte de su hermano. Hasta entonces habia sido un eclesiástico piadoso y de costumbres irreprehensibles, y un prelado modesto, justo, benéfico, laborioso y fiel en el cumplimiento de todas sus obligaciones. Pero despues fue un modelo de perfeccion, no cediendo en las mortificaciones, cuando era cardenal, ni á los religiosos mas austéros, ni á los solitarios mas consumados en los egercicios de la vida contemplativa. Las relaciones que tenia con todo género de personas por razon de sus empleos distinguidos, como eran la penitenciaria mayor, las legaciones de Bolonia, de la Romanía, de la Marca de Ancona, y la proteccion de la órden de Malta y de otras muchas, de naciones enteras, de la Suiza católica, de la baja Alemania, y de todo el reino de Portugal, habian introducido en su palacio una magnificencia, una delicadeza tal, y tanto número de diversiones, que, aunque no eran ilícitas por su naturaleza, no se conciliaban siempre con la severidad de la vida clerical. Luego que recibió la gracia del sacerdocio, con una abundancia proporcionada á la generosidad de sus sacrificios y al fervor de sus disposiciones, resolvió santificarse, porque creía que de otro modo no podia trabajar con fruto en la reforma de los pueblos.

Para esto juzgó que necesitaba de un director sábio, firme y experimentado, y eligió al padre Rivera,

de la compañía de Jesus, quien, descubriendo los grandes designios del Señor con respecto á aquella alma privilegiada, túvose por dichoso en cooperar á su egecucion, y empleó cuantos medios pudo sugerirle el espíritu de una órden, que, estando en sus principios, no respiraba mas que la gloria de Dios y de la Iglesia (1). Este padre inspiró á San Carlos los sentimientos de la alta piedad en que se fundaron todas las virtudes, que brillaron despues en el discurso de su vida pública. Sufrió Rivera con este motivo mil injurias de los cortesanos y de algunos parientes del cardenal, por parecerles que su nuevo modo de vivir era una acusacion de su conducta, y perjudicaba á la grandeza temporal, á que querian que aspirase, así para ellos como para sí mismo: las cosas llegaron á tal extremo, que para librar el prelado á su director de esta persecucion, tuvo que introducirle en su cuartito por una escalera secreta. Mas no por esto dejó de consultarle con frecuencia, ni de gobernarse por sus consejos: y de dia en dia hizo mayores progresos en la piedad y en todas las virtudes. Era naturalmente estudioso y amante de las letras, y habia establecido en su palacio una academia, en la que se trataba todas las semanas de un punto de elocuencia, de poesía, de moral ó de política. Despues mandó que solo se tocasen materias de religion, atendiendo únicamente á las funciones de su estado, y queriendo adquirir la facilidad necesaria para predicar por sí mismo á su

(1) Godeau, *Vid. de San Carlos*, l. 1. c. 3.

pueblo, que era en su concepto la primera obligacion de un obispo; por lo que consiguió una maestría singular en este ejercicio, á pesar de que le favorecia muy poco la memoria.

32. Un obispo de este carácter, y que merecia toda la confianza de su tio colocado en la Silla apostólica, debia necesariamente tomar el mas vivo interés por la feliz conclusion de un concilio que habia de dar el último golpe á las heregias de Lutero y Calvino, y reducir la disciplina eclesiástica, si no á su pristina pureza, por lo menos á su regularidad y decencia, y á su estabilidad y antiguo vigor. Movido Pio IV de las instancias de este sobrino celoso, habia nombrado ya dos legados para que presidiesen en su nombre al concilio ecuménico, á saber, al cardenal de Mántua, Hércules Gonzaga, y al cardenal Santiago Du-Puy, natural de Nisa, en Provenza, ambos de un mérito extraordinario. Determinado por los mismos consejos á agregarles un número mayor de personas que igualmente fuesen dignas de aquella distincion, creó hasta diez y ocho cardenales en una sola promocion, en la que tuvieron mucha parte los individuos de la academia doméstica de San Carlos. Los legados que queria enviar Pio IV á Trento, habian de ser cardenales honrados, buenos teólogos y buenos juriconsultos. Guiado por este principio, eligió poco despues de su última promocion á Gerónimo Seripando, general de los agustinos y arzobispo de Salerno, á Estanislao Hosio, polaco, obispo de Culma, y á Luis Simoneta, obispo de Pésaro, en el

ducado de Urbino (1). Aproximándose el tiempo de abrir el concilio, y recelando que la falta de salud del cardenal Du-Puy no le permitiese asistir á él, nombró el Santo Padre por sexto legado á su sobrino el cardenal Marcos Sitic de Altemps, obispo de Constanza. Carecia este de la esperiencia y de la capacidad de sus cólegas; pero además de la cualidad de cardenal nepote, como era de una de las mas ilustres casas del imperio, tenia mucha proporcion para tratar con los alemanes.

Siendo Pio IV de avanzada edad, y estando enfermo, publicó en un consistorio, á egemplo de lo executado antes en iguales circunstancias, un decreto, en que decia, que si vacase la santa Sede durante la celebracion del concilio, perteneceria al sacro colegio la eleccion del Sumo Pontífice, y no á la asamblea de los padres (2). A este decreto añadió otros dos, declarando en uno de ellos, que no le es lícito al Papa elegir su sucesor, ni nombrar un coadjutor para que le suceda, aunque consientan en ello todos los cardenales. Y en el otro, en un todo relativo al concilio, que no se concederia el derecho de votar sino á los obispos que concurriesen á él en persona. Habíalo así dispuesto ya Paulo III: y no obstante, habiendo llegado á Trento dos obispos polacos, con poderes de sus compatriotas ausentes, pidieron que se les permitiese dar en las deliberaciones tantos votos cuantos fuesen los poderes que presentasen de

(1) *Pallav. l. 15. c. 6. n. 8.* (2) *Id. l. 15. c. 13. n. 10.*

obispos, cuya ausencia constase ser legítima ⁽¹⁾. Eran sin duda muy poderosos los motivos de esta excepción, porque aquellos obispos no podían salir de Polonia á causa de la necesidad evidente y urgentísima de sus iglesias, amenazadas de una ruina próxima por un diluvio de impíos y de sectarios turbulentos. Consultado el Papa por los legados, resolvió con su consistorio que debía desecharse semejante propuesta, porque las demás naciones pretenderían desde luego el mismo privilegio, con lo cual se destruía la máxima principal establecida desde el principio del concilio de Trento, esto es, que no se votase por naciones, como en Basilea y Constanza, sino por personas, como en todos los concilios mas antiguos. Esforzaronse los legados en persuadir con estas razones á los polacos, los cuales fingieron quedar satisfechos; pero pocos dias despues desaparecieron para nunca volver: y principiaron las operaciones del concilio.

33. Se celebró una congregacion general, á 15 de Enero de 1562, y dispuesto en ella todo lo necesario para la apertura, se verificó dentro de dos dias en una sesion solemne, que se cuenta por la primera en tiempo de Pio IV, y por la diez y siete de todas, aunque se contrajo absolutamente á esta ceremonia. Solo asistieron de los seis legados designados, cuatro, á saber, el cardenal de Mántua, Seripando, Hosio y Simoneta; porque Du-Puy continuaba enfermo, y Altemps no habia llegado aun. Aunque el cardenal Madruccio no presidia, estaba sentado cerca de los

(1) *Fra-Paol. l. 1. in fin.*

legados, con preferencia á los demás obispos, despues del cual se seguian los patriarcas en un lugar distinguido, y luego los arzobispos y obispos, segun la antigüedad de su consagracion. Los abades ocupaban el último lugar con los generales de órdenes religiosas. Lainez, general de los jesuitas, se colocó fuera del circo en el último asiento, para cortar cualquier disputa que pudiese suscitarse con motivo del lugar que le convenia ocupar, respecto de que su instituto era todavía nuevo en la Iglesia. Leyeron la bula de convocacion, y en seguida el decreto para la continuacion del concilio, á lo que dieron todos los padres su aprobacion pura y sencilla, despues de las objeciones inútiles de algunos españoles contra esta cláusula: *presidiendo y proponiendo los legados.*

34. No se adelantó mucho mas en la sesion diez y ocho, celebrada cerca de seis semanas despues de la primera, á 26 de Febrero. Las disputas sobre la precedencia entre los embajadores que llegaron en este intervalo, las antiguas dificultades sobre el título del concilio, renovadas entonces con nuevo ardor, la prolijidad y delicadeza del punto de los libros prohibidos, propuesto, como tambien el salvo-conducto de los protestantes, por objeto de aquella sesion: todas estas discusiones ocuparon las congregaciones particulares, celebradas, segun costumbre, para hacer reinar la tranquilidad. Se publicó un decreto que contenia, no la condenacion ni la lista inmensa de los libros perjudiciales que habian inundado al mundo cristiano, sino la comision dada por el concilio á

cierto número de padres, para que los examinasen y diesen cuenta á todos los demás de lo que resultase de su exámen, á fin de que recayese luego la decision. Decretaron igualmente dar el salvo-conducto en una congregacion, pero que tendria la misma fuerza que si se diese en una sesion solemne; lo que ejecutaron antes de quince dias. Se extendió en los mismos términos y en igual forma que el que se habia dispuesto anteriormente en la sesion quince, celebrada en tiempo de Julio III, esto es, sin ninguna restriccion y sin la menor ambigüedad. Pero, como entonces se hizo solo para los alemanes, se extendió en general á todas las naciones, aunque sin nombrar á ninguna, por no desacreditarlas á todas con la nota de heregia (1). Esta fue la razon que dieron los legados del concilio al cardenal de Ferrara, legado de Francia, al remitirle la copia de aquel documento.

35. Pidió entretanto el embajador del Emperador un arreglo de disciplina para el clero de Alemania; con cuya propuesta pensaron tratar del grande objeto de una reforma general, y á este efecto se estableció una comision ó junta, presidida por el cardenal legado Seripando, que opinó que se diese principio por la Cabeza de la gerarquía eclesiástica, y por la misma curia romana, como el objeto mas importante y mas á propósito para dar fin, así á las invectivas de la heregia, como á los gemidos de la Religion. Apoyó eficazmente este dictámen D. Bartolomé de los Mártires, sábio y piadoso dominico, que desde la

(1) Pallav. l. 16. c. 1.—Rain. ann. 1562. n. 22.

obscuridad del claustro habia pasado á la dignidad de arzobispo de Braga, primado de Portugal (1). Manifestó este piadoso arzobispo, que los primeros pastores no podian sostener la magestad del concilio si no cumplan el fin principal que se habian propuesto desde su primera apertura, esto es, librar á la Iglesia de la corrupcion deplorable que la cubria de ignominia, y que habia sido causa de todos sus males. Que segun la carta del Rey Juan III, de piadosa memoria, dirigida á Paulo III y leida en concilio pleno, hallábase tan desfigurada la disciplina antigua, que aun cuando no hubiese ninguna heregia que proscribir, no habria sido menos necesario congregarse un concilio ecuménico contra la enormidad de los abusos y desórdenes. Que la corrupcion de costumbres habia producido por sí sola la heregia y facilitado sus progresos. Que al presente era su único apoyo, y que se destruiria por sí mismo el error, cuando se reformasen verdaderamente las costumbres. Habiendo dicho algunos prelados, que el respeto no les permitia creer que los ilustrísimos y reverendísimos cardenales tuviesen necesidad de reforma; „pues yo (replicó el arzobispo con mas firmeza que la vez primera) declaro por el contrario, inducido por este mismo respeto, que los eminentísimos cardenales tienen necesidad de una gran reforma: y á la verdad, la veneracion con que los honro, seria mas pagana que divina, y mas afectada que sincera, si no ansiara que

(1) Vid. de Bart. de los Mart. l. 2. c. 8.

la inviolabilidad de su reputacion correspondiese á la eminencia de su dignidad."

Añadió el arzobispo que esta dignidad desconocida de la Iglesia antigua, se habia levantado injustamente sobre la autoridad episcopal, que estaba en cierto modo destruida con la introduccion de tal novedad. Que no quedaba esperanza de establecer una verdadera reforma en la Iglesia, mientras no fuesen los obispos todo lo que deben ser en el cuerpo místico de Jesucristo, donde los habia colocado el mismo Dios. Y por último, que comparando lo que son hoy dia los obispos y los cardenales, con lo que eran en otro tiempo, no podia menos de gemir delante de Dios, y de quejarse á la Iglesia de la Iglesia misma. Estas palabras, que oyeron los prelados sin alterarse, porque salian de la boca de un prelado cuyo carácter y virtud conocian, sorprendieron en extremo á otras personas. ¡Tan difícil es dar el grado conveniente para todos al entusiasmo que inspira el mismo amor del bien; y tan difícil que el ardor del celo, aun cuando tenga á su favor el testimonio de la propia conciencia, deje de contraer alguna acrimonia, y muchas veces por un efecto de este mismo testimonio! Propusieron á pesar de esto muchos artículos importantes de reforma, y en particular acerca de la residencia, de la colacion de las órdenes, de la union de los beneficios, de la administracion de los curatos, de la visita episcopal, de los beneficios en encomienda y de los matrimonios clandestinos, siendo este el objeto de las discusiones verificadas con mucha

exactitud en las congregaciones siguientes. Principiaban por las materias que daban menos motivo á los debates y contiendas, porque faltaban todavía muchos obispos en el concilio, y no habia concurrido ni uno solo de Francia ni de Alemania.

36. El fuego oculto en aquel reino, produjo el incendio que no habia de extinguirse hasta la consumacion de la dinastía, cuyos débiles vástagos descuidaron apagarle al principio. La fe romana habia sido por tantos siglos la única religion de los franceses, y los que la profesaban constituían el mayor número de los habitantes de la nacion. Miraba, pues, el partido católico todo privilegio concedido á los calvinistas como un atentado contra los mas sagrados derechos. Éstos, aunque nuevos, menos satisfechos que ensoberbecidos con lo que habian conseguido, aspiraban por lo menos á la igualdad, y se indignaban de que no se les tratase en todo como á los vasallos antiguos. Tenia cada partido sus gefes, cuya ambicion inflamada por el entusiasmo, se cubria con el velo de la religion. Debia incendiarlo todo la primera chispa en esta fermentacion general, que no tardó mucho en saltar con motivo de un choque casual (1). Pasando el duque de Guisa á Vassi, pueblo inmediato á Joinville, adonde se habia retirado descontento por las alternativas de la Reina madre, quiso asistir al santo sacrificio de la misa. Al principiar ésta se pusieron á cantar los salmos con tanto estruendo los calvinistas, que celebraban su asamblea

(1) *Thou. l. 29. = D' Aubigné, l. 3. c. 1. = Belcar. l. 29.*

cerca de la iglesia, que se vió precisado el duque á interrumpir sus devociones. Envió á suplicarles que guardasen un poco mas de silencio por un cuarto de hora, afirmándoles que despues podrian continuar con toda libertad. Mas ellos contestaron con injurias, y cantaron con mayor desentono. Indignados de esta insolencia los que acompañaban al Príncipe, salieron de tropel á vengarse, y salió él tambien para impedir el desórden. Apenas estuvo en la puerta del templo, cuando le hirieron de una pedrada en la cara. No hubo ya arbitrio para contener á los criados despues de este suceso, quienes entraron precipitadamente en el templo á pesar de sus órdenes, mataron sesenta personas, é hirieron cerca de doscientas. Oyóse al momento en todo el reino un grito general de los hugonotes contra el duque de Guisa, á quien acusaron de una barbarie premeditada, al mismo tiempo que él se escusaba del modo menos sospechoso; lo que hizo hasta el momento de comparecer delante de Dios. Quejáronse amargamente en la corte por medio del Príncipe de Condé y de sus principales ministros. La Reina madre los trató con mucha afabilidad, y les dió buenas palabras; pero el Rey de Navarra los llamó claramente hereges y sediciosos.

37. Entonces fue cuando Teodoro Beza dirigió al Rey estas palabras de amenaza: „acordaos, Señor, de que la Religion, á cuyo favor os hablo, es un yunque que ha gastado ya muchos martillos:” Dicen tambien que amenazó al duque de Guisa con la fatal suerte que no tardó en experimentar. A pesar de los consejos

y de todas las inquietudes de la Reina, volvió á presentarse el duque en París, adonde le llamaban con grandes instancias todos los católicos. Entró en aquella capital como un Soberano, acompañado del condestable, del mariscal de San Andrés, de toda la comitiva y de toda la pompa que solia ostentar la Magestad real. Salió á recibirle el ayuntamiento, le dirigió un discurso, y el pueblo repetia sin cesar en medio de sus aclamaciones: *viva Guisa.*

38. Cuando la Reina tuvo noticia de este triunfo, quedó sumamente consternada, temiendo la ruina de su poder, la pérdida de su libertad y aun de su propia vida, pues á esto creyó que se dirigian los designios del triunvirato. Tomó, pues, el partido de ponerse en manos de los calvinistas, y escribió inmediatamente en términos espresos al Príncipe de Condé que salvase á la Reina y á su hijo: lo que en cierto modo autorizó á los Príncipes para dividir el reino, en nombre del Rey, en dos partidos encarnizados en su destruccion recíproca, esto es, á hacer formalmente la guerra primera de religion, á la que se siguieron otras muchas. Condé, que se hallaba en París, no pudo resistir á Guisa, adorado por los parisienses como el salvador de su religion. Por consiguiente fue á reunir sus fuerzas en Meaux, despues de haber llamado á los Colignys, diciéndoles que no solo habia pasado César el Rubicon, sino que era dueño de Roma, y que empezaban á tremolar sus banderas en las provincias. Al punto que estuvieron reunidos los gefes del calvinismo, se dirigieron á Monceaux,

adonde los llamaba Catalina; pero aumentándose por momentos la consternacion de la Reina, habia abandonado ya este palacio, que no era mas que una casa de campo sin ninguna defensa, y retirándose con el Rey á Melun, y despues á Fontainebleau, que estaba mas distante de los triunviros.

39. Informados estos de todo lo que pasaba, llegan á Fontainebleau con una tropa numerosa de caballería, declaran á la Reina que van allí con el objeto de defender al Rey de los atentados de la heregía y de la rebellion, y que si á ella no la convienen sus servicios, puede retirarse adonde mejor la parezca. Habia temido Catalina que se la privase de la libertad, y luego que vió que se la dejaban, solo trató de su autoridad, temiendo quedar enteramente inútil y sin ningun poder en algun sitio distante, desde donde la obligarian quizá á volver á Italia de un modo ignominioso. Se puso voluntariamente en manos de los triunviros, aunque sin poder contener las lágrimas, con las cuales se mezclaban las del Rey su hijo. Iba el Príncipe de Condé á Fontainebleau con tres mil hombres de caballería, cuando supo que se le habian adelantado sus enemigos, y que la Reina y el Rey caminaban con ellos á París. „No hay remedio (dijo entonces lanzando un profundo suspiro): estamos tan comprometidos, que es necesario perecer ó aventurarse á todo (1).”

40. Volvió á Orleans, donde ya tenia Andelot muy

(1) *Mem. de Condé, t. 1.*

estrechados á los católicos: decidió la victoria, y despues hizo de esta ciudad una plaza de armas, y como un depósito general para todas las empresas que meditaba. Hasta entonces no se habia hecho mas que sorprender algunas plazas, asolar los campos y hacer algunas guerrillas de poca importancia; pero ya se trató de corromper á la nobleza mas distinguida del reino; se levantaron públicamente tropas contra el Soberano, se juntaron egércitos tan numerosos como los suyos; se escitaron alborotos y conmociones en casi todas las provincias, y con especialidad en la Normandía, cuya capital y las mejores ciudades se declararon desde luego á favor de los calvinistas: se formaron alianzas con los estrangeros, y en especial con los ingleses, de quienes recibieron seis mil hombres, y se les entregaron las ciudades de Roan, Dieppe y Havre de Gracia; en una palabra, se formó en Francia una especie de segunda monarquía, confiéndose su gobierno al Príncipe de Condé, con el nombre de defensor y vengador del reino. Los hereges confederados le prestaron juramento de fidelidad, prometiéndole armas, caballos y municiones, con sus bienes y personas: publicaron manifiestos llenos de calumnias contra los Guisas; é inundaron la Francia y toda la Europa de quejas, de apologías y de libelos injuriosos en que decian que tomaban las armas para libertar al Rey y á la Reina que estaban presos en poder de los triunviros. Pero muy en breve se vió la gran ventaja que habian conseguido estos con su prevision. Estaban subordinados al Rey; procedian